

CELCIT. Dramática Latinoamericana 339

LOS ADIOSSES DE JOSE

Memoria

Víctor Viviescas

PERSONAJES: M (1) / F (0)

José

Patio de ropas de casa de barrio. Piso de tierra. Cuerdas de secar la ropa repletas de sábanas de familia pobre. Sólo sábanas. Nada en el patio, tal vez sólo un árbol de mango. Tal vez. Iluminación de noche muy contrastada. Visos ámbar y azul, que rebotan en las sábanas. Como de una noche de luna llena. O de un set de cine. Una pequeña isla se ilumina con una luz escasa, mezquina, allí está José.

José está sentado en un viejo taburete de madera con forro de piel de vaca, blanco con manchas negras, gastado, usado. Carga una maleta y una pequeña caja de cartón amarrada con cabuya. En el suelo hay otras cajas. Es como un equipaje de viaje. O de utilería.

José es un hombre de entre 57 y 62 años. Más bien tímido, o mejor, discreto, incluso, en cierta medida, retraído y desconfiado. Un obrero, su ropa da cuenta de esa pulcritud de los obreros pobres que no se avergüenzan de serlo. Pantalón de dril, camisa de hilo, tal vez un chaleco a rombos de lana, tal vez un saco gastado, sin corbata. José usa unas gafas de marco negro y grande, de lentes gruesos, con medialuna de visión presbítica. Abraza la maleta de cuero. Mira aquí y allá. Permanece. Su mano derecha que descansa sobre la maleta de cuero es presa de un ligero temblor.

I.

(José está allí, permanece allí, no pasa nada).

JOSÉ

(Al público).

¡Adiós!

(Oscuridad).

II.

(Vuelve la luz. José está allí, sigue allí, permanece allí).

(Silencio).

JOSÉ

Estoy aquí. Aquí. Permanezco, yo. Estoy.

¿Habitó?

(Pausa).

Estoy aquí. He llegado. Llegado como algo que arriba.

Algo que acontece.

Algo que sucede.

Estoy. He venido.

He "sucedido".

(Pausa).

Estoy aquí porque...

Tengo que ir a... algún lado...

Allí.

He debido venir.

Aquí.

He venido.

Estoy aquí.

Aquí, pero de paso.

Debo ir allí... A algún lado porque...

Al fin he llegado.

¿Al fin?

(Pausa).

Sólo quería decir que la soledad es un lugar muy parecido a este lugar.

La soledad es este lugar.

La soledad es...

(Pausa).

Ahora he llegado.

(Pausa).

Adiós.

(Oscuridad).

III.

(Vuelve esa luz escasa, mezquina. José está allí. Ahí).

(Silencio).

JOSE

Inventario.

Dos camisas blancas de hilo,

dos vestidos cachacos, para alternar cada semana.

Unas gafas oscuras, con medialuna para mirar de cerca.

El overol de dril, tres overoles. Dos por semana.

Las botas de trabajo y los zapatos buenos de cuero.

Hambre.

Hambre también.

Cuando era día de década, también una libra de carne buena,

si era por la noche,

o un par de piñas maduras, si era el mediodía.

Cajas de sesenta huevos, una vez por mes.

Mercado del diario.

Ninguna bicicleta.

El rosario que me heredó la madre.

Una mujer. Una mujer siempre.

Dos hijos.

¿Sólo dos?

Dos hijos.

Inventario.

Una Biblia,

El sexto ángel toca su trompeta.

“Vi a otro ángel fuerte descender del cielo,
cubierto por una nube y un arco iris sobre su cabeza;
su cara era como el sol

y sus pies como columnas de fuego.

Tenía en su mano un librito abierto”.

Un librito, pues.

Y el miedo.

El miedo.

La lucha, mi lucha, por traer a la casa la comida,
por proveer siempre los medios,
el pan y el maíz,
la leche y el agua,
la luz y la alegría.

(Pausa).

En las tardes suele llover en esta ciudad de montañas.

Allá está el mar, pero muy lejos.

Después de las montañas. De las sabanas donde pasta el ganado,
y matan a los hombres, amarrándolos con alambres de púas,
o quemándoles la cara con soplete,
o violándoles las mujeres y las hijas,
a sus ojos,
en frente de sus ojos,
a sus ojos...

(Pausa).

Allá el mar. Aquí estas montañas.

Aquí la tierra amarilla.

Y estas cajas de cartón. Esta maleta. Esta silla de cuero negro y blanco.

(Silencio).

He venido porque alguien me ha llamado.

Porque debo estar aquí. Permanecer.

(Silencio).

¿Dos hijos?

Un sábado santo él se puso a llorar porque no lo llevé a ver el Santo Sepulcro.

Cuando llegamos ya era tarde. Habían empezado la misa de la luz.

Le compré un cirio. Todos los hombres llevábamos cirios.

No lo miré más. Lo sabía allá abajo, con un vacío que nunca podría colmar.

Yo tenía ganas de fumar. Si al menos se acabara todo esto,

la misa, los cirios, esa frustración allá abajo, las ganas de fumar.

(Pausa).

Inventario, sí.

Una hija que nunca supo cómo la quería.

Que nunca supo. A quien quería.

¿Nada más?

Nada más.

Ah, sí. Estas gafas. Estas gafas para poder ver.

Para estar...

Para estar aquí.

Nada más.

Nada.

(Silencio).

(Oscuridad).

IV.

(Vuelve la luz).

(José está allí. Nunca se va. ¿Vuelve? Ahí está).

JOSÉ

Antes.

(Silencio).

Hablo de un tiempo pasado.

Un tiempo que ha pasado.

Otro tiempo.

(Silencio).

Ahora estoy aquí.

(Silencio).

Antes.

Una vez hubo una mujer.

El amor era algo simple. Un inventario. Las noches para encontrar su cuerpo allí.

Al alcance de la mano. Para esconder en ella el cansancio y la agitación.

Entonces los árboles eran simples y las noches sencillas.

Una vez, incluso, cuando regresé por la tarde, la encontré a la orilla de un río.

Yendo de un lado a otro, devolviéndose y viniendo.

Seguía una culebra que daba vueltas en el río.

Obnubilada.

El niño estaba solo. Allá.

Y lloraba.

La tierra estaba a la mano. Pero no la arábamos.

Mi oficio era ya de ciudad. Aunque en el campo.

Todavía en el campo.

(Silencio).

Tiempo simple. Tiempo sencillo.

Tranquilo suceder de las cosas.

Lento trasegar de las cosas.

Con esa mujer me hice hombre.

Conmigo se hizo mujer.

Mi nombre era esa palabra que ella decía.

Su nombre, yo lo inventaba todas las noches.

Cuando me escondía en ella del cansancio y la agitación.

Cuando me profundizaba en ella.

Cuando finalmente llegaba el silencio.

Su nombre.

El niño llora.

Llora un niño.

Ahora todos los llantos son del mismo niño.

Todos los niños lloran igual.

Nada más qué decir.

Nada.

(Silencio).

(Oscuridad).

V.

(La luz vuelve).

JOSE

Antes.

(Pausa).

La ciudad es una agitación permanente,
el lugar del anonimato.

Cuarenta centavos el bus.

Miro por la ventana:

el barrio de las putas,

la fábrica de pintura,

el zoológico,

la fábrica de curtimbres,

la esquina del barrio,

la falta de luz,

las calles en barro,

la carnicería,

la calle,

un niño juega en el barro,
mi niño,
una niña ayuda a su madre en la cocina,
mi niña,
ahora no tenemos hambre,
vamos a cerrar la puerta,
a dejar atrás el ruido,
la música chabacana de esos de en frente,
las risas estridentes de esa señora de al lado,
que siempre quiere insultar a mi mujer,
tanta miseria,
tanta mezquindad,
ahora dejamos todo atrás.

En el patio de ropas se ha hecho la noche.

“Ángel de mi guardia, mi dulce compañía, no me desampares, ni de noche, ni de día”.

Las palabras que guardan un sortilegio,
el oficio del padre,
volver a contar los mismos cuentos,
heredar a los hijos los mismos relatos,
infundirles el miedo:

“El hijo de Dios, que tiene los ojos como llama de fuego y sus pies semejantes a latón fino,

dice esto:

Yo conozco tus obras, tu fe, caridad y servicios, tu paciencia
y las últimas obras que hiciste que superan a las primeras.

Pero tengo algunas cosas contra ti”.

El temor no es suficiente para preservar a los hijos.

Luces pasan corriendo por la calle.

Gritos pasan gritando.

Los muchachos pobres.
Los pobres muchachos.
La miseria es un río que los arrastra.
Se matan a cuchillazos.
Embrutecidos por un alcohol barato.
Por una hierba que fuman y les pone los ojos rojos.
Se matan porque no tienen nada qué hacer.
Porque están esperando que el narcotráfico se vuelva un negocio.
Porque esperan.
Porque no tienen nada que esperar.
Preservar, encerrar, castigar, guardar los hijos bajo doble llave.
En el patio ya es la noche.
Puede venir el fantasma de doña Carmen:
"¿Ya plancharon?"
"¿Ya plancharon?"
Ahora ya es noche noche:
"Ángel de mi guardia, mi dulce compañía..."
(Oscuridad lenta. José musita).

VI.

(La luz regresa lentamente).

JOSE

¿Todavía?

(Silencio).

Cuando la Negra murió, todo dejó de tener sentido.

Ellos sobre todo.

¿Qué son los hijos en ausencia de la madre?

Cuando ella murió, fue él el que me lo dijo.

Fue la última vez que entendí lo que decía.

Y casi no lo entendí.

Lo oía, pero no entendía, no entendía.
Desde entonces todo se borró.

Con la Negra habíamos hecho el pacto
de que yo me moría primero.
No lo cumplió.
Nadie cumple.

Después, todo perdió el brillo y el sentido.
Las cosas están ahí, permanecen, persisten.
Pero algo como un polvo las cubre.
Sobre todo a ellos.
Ahora sólo quedaba esperar que también se fueran.
¿Por qué se demoraban tanto?
Esa presencia de ellos era un recuerdo de que ella no estaba.
No tenían que seguir ahí.
Todo el tiempo ahí.
Recordándome que yo estoy solo.

(Silencio)

Inventario segundo:
Las sillas de los vecinos,
los cuadros volteados contra la pared,
el calor,
los murmullos de la gente,
los vestidos negros con olor a naftalina,
el vértigo frente al cajón,
el pachulí de tantas flores,
el ladrillo y el cemento fresco,
las flores marchitas,
el agua podrida,
ganas de fumar,
un cigarrillo,

otro cigarrillo,
el llanto de ellos,
el silencio,
los rostros de señoras,
las lágrimas,
ganas de fumar,
sobre todo, ganas de fumar...

(Silencio).

Primer final.

(Oscuridad).

VII.

(Vuelve la luz. José ha abierto la maleta y repasa unas fotografías amarillentas).

JOSE

Volví a saber que tenía un hijo el día que lo mataron.

Súbitamente todas sus voces,

todos sus saludos, sus maldiciones, sus lamentos...

El tiempo se ponía en marcha otra vez.

No quiero recordar.

(Hurga entre la maleta).

Aquí estaba haciendo la primera comunión.

Sandwichs de jamón y tomate,

Doña Judith, que nos había prestado las charolas,

refresco en vasos de plástico,

almuerzo con gallina,

pobreza.

(Hurga en las fotos).

Cuando se graduó del colegio.

Antes.

Antes.

(Silencio).

Sin que me hubiera dado cuenta, mi hijo se volvió un muchacho de esos.

Se la pasaba en la calle.

¿Qué hacía?

¿Atracaba a la gente?

¿Robaba?

Nunca le vi nada. Nada.

Un día lo mataron.

“Le dieron primero en las piernas para que no fuera a salir corriendo”,
dijo alguien. “Las debía”, dijo otro.

¿Deber qué? Digo yo. Todo nos lo debían a nosotros.

Una larga lista de deudas, de plazos, de postergaciones.

¿Qué podía deber él? ¿A quién?

Un día dejé de verlo. Otro día lo volví a ver.

Había crecido.

Estaba muerto.

No lo reconocí.

Era mi hijo.

Le eché la culpa a la madre muerta.

(Pausa).

Ella,

la otra,

lloraba en un rincón.

Ya podía irse.

Ya nada la retenía en esa casa.

Ya quería quedarme solo.

Yo...

¡Ya!

(Oscuro súbito).

VIII.

(Vuelve la luz).

JOSE

Cuando yo y todos estos que he sido nos vayamos de aquí,
ya nada quedará,
ya entonces, nada quedará,
ya entonces será el silencio,
el descanso,
la calma,
el reposo,
la soledad...
(Oscuridad muy lenta).

IX.

(Vuelve la luz).
(José aprieta la cabuya con la que cierra las cajas. Diríamos que se está yendo.
Ve al público, lo mira largamente).

JOSE

Recomienzo.

(Pausa).

(Vuelve el tic nervioso en la mano derecha).

(Se cubre la mano derecha con la izquierda).

(Toma aire).

Dicen que mi hija parió dos hijos del mismo marido, del marido que le mataron el día que a ella la mataron, dos hijos del mismo hombre que mataron el mismo día que mataron a sus dos hijos. Todos.

(Silencio).

(La mano derecha le tiembla, a pesar de tenerla cubierta con la otra mano).

Recomienzo.

(Pausa).

Allá, detrás de los muros, todavía se escuchan los murmullos de las cosas.

La vida sigue indiferente su propio trasegar.

Se escuchan los ruidos de los oficios de la casa,

del agua que corre,
de los utensilios de cocina,
de los motores de los camiones,
de las piedras que chocan,
de las emisoras,
de la música.

Los ruidos de la vida que indiferente pasa.

(Pausa).

Cuando me llegó la pensión me hastié de los viejos con su ofuscación.

La casa era una larga galería de muebles viejos y remendados.

De ollas viejas aunque brillantes.

De un radio gangoso, pero que todavía traía las noticias.

Noticias de afuera,

de un largo trasegar de la muerte,

de una muerte más insistente que la vida.

Para entonces todos se habían ido ya.

Para entonces, ya estaba solo.

(Silencio).

(José canturrea una vieja canción).

Desde la ventana veía correr los cuerpos de hombres
y mujeres

que indiferentes exponían su carne a la intensa labor de la muerte.

Las noticias traían cada día el repetido inventario de los muertos.

Con sorpresa veía en las calles desde mi ventana

esa carne de cañón

que con indiferencia se libraba a la risa, a los besos,

a las caricias escondidas.

Esas que siempre se sabe que existen.

Un día mi hija también se había dejado estrujar en el rincón de un corredor,

también había recibido besos furtivos, besos de pasión,

de una carne que lucha por sobrevivir, por derrotar a la muerte.

Pero no hay derrota.

No hay carne que sea invencible.

(Busca con cierta prisa en una de las cajas, de donde extrae un vestido de recién nacido).

Mi hija un día se fue, tal vez ya preñada de los hijos de ese hombre que mataron, de esos niños que mataron, de esa carne que se volvió carne muerta.

“Véngase a vivir con nosotros, papá”

¿Vivir con quién?

En el patio todavía aparecía el fantasma de Doña Carmen:

“¿Ya plancharon?”

“¿Ya plancharon?”

¿A dónde iba a irme a vivir?

¿Para volver a ser el niño y tener que pedir permiso a la hija?

Los padres crecen. Eso es lo más difícil de aceptar.

Pero siempre están amenazados

de que los vuelvan los hijos de los hijos.

No quise acompañarlos.

Después... ¿me arrepentí?

No los tenían que matar.

Aquí siempre los matan.

Todos siempre se mueren jóvenes.

Mi hija, que ya era madre, y ya era mujer, y ya estaba muerta...

Y yo seguía aquí.

De nuevo el inventario de olores,

de llantos,

de murmullos,

de miradas desconfiadas y vigilantes...

Y el silencio,

embrutecedor,

ensordecedor,

taponando los oídos,
protegiendo del dolor,
que sin embargo ya estaba adentro,
que siempre estaba ahí,
que de ahí no se había ido.

(Le tiembla la mano derecha. Mirada al vacío. Mirada al público).

¡Adiós!

(Oscuridad súbita).

X.

(La luz regresa muy lentamente).

(José está ahí. Sigue ahí.)

(Tiene un pañuelo en la mano derecha con el que quiere limpiarse la frente o la boca. No lo sabemos. Su mano derecha tiembla. José desiste de su gesto con el pañuelo).

(Mira al público).

(Silencio).

JOSE

Estoy aquí. He llegado.

O mejor, acontecido.

(Pausa).

Ahora recorro

con la mirada,

con los ojos...

con los ojos del tiempo

estos barriales,

estos desiertos,

estos campos yertos de pasto seco y barro colorado,

estas habitaciones descampadas,

estos largos cementerios

donde una vez hubo nacido

la vida
donde hubo vida...

(Pausa).

Ahora recorro con los ojos de la memoria,
esos que fui,
esos que fueron conmigo,
esos que fueron lo que yo soy...

(Pausa).

Todavía llegan a mí
ecos de unas risas,
unos llantos de niños,
los ruidos de la Negra
en el amor...
Pero son lejanos.

Una larga cadena
de días
se sobrepone a los días,
una larga serie de noches
se sobrepone a las noches,
las horas a las horas,
los silencios a los silencios.

Algo palpita todavía,
todavía una mano tiembla,
a veces,
el llanto,
el llanto todavía...

Y estas cajas,
esta maleta,
este taburete de cuero negro y blanco,
este retorno, eterno,
esta espera.

Este estar atado
al llamado,
a la presencia,
a esta... convocatoria,
a estar aquí,
aquí...

Aquí donde estoy
donde permanezco
donde
-cada noche-
cuando se hace la oscuridad
-cada noche-
comparezco,
-cada noche-
acontezco.

(Pausa).

Adiós.

(Oscuridad).

XI.

(El patio, las sábanas, los visos dorados y azules, el árbol, tal vez).

(José no está).

FIN

Víctor Viviescas. Correo electrónico: victorviviescas@cablenet.co

Todos los derechos reservados

Buenos Aires 2010

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. Correo electrónico:

correo@celcit.org.ar